

Poemas de Sylvia Plath

Jorge Yviricu

En torno a la figura de Sylvia Plath ha ido surgiendo una hagiografía harto curiosa: su temprano suicidio parece investirla de todas las virtudes, y defectos, del feminismo norteamericano. Observada desde tal perspectiva, su obra resulta una brillante procesión hacia la muerte; su vida un auto de fe psicológico donde se conflagran la muerte de su padre, un primer intento de suicidio a los veinte, un matrimonio desdichado, y, por fin, el suicidio a los treinta, tras los nueve meses de actividad febril en que escribió los poemas de Ariel.

Aunque la comparación podría parecer peregrina, la Plath y Marilyn Monroe son las dos grandes suicidas de la década de los sesenta en los Estados Unidos. Ambas ejemplifican el fracaso de vidas dedicadas a la experimentación vital en términos de una sociedad con valores tradicionales. Como tal, resultan las dos caras de una misma tragedia: víctimas de una ambición desmedida, trabajadoras incansables en busca del éxito y la consagración que acaban por malograrse, y malgastarse, en el proceso mismo de conseguirlos. A niveles diferentes, ambas prueban de los frutos de la fama y terminan con el mismo trágico gesto de rechazo. Sin embargo, en su ejemplaridad y teatralidad, las dos crean las bases de un mito que se caracteriza, en la frase de Irving Howe, por la fascinación de la

fatalidad. Como muerte de dimensiones poéticas, se ha sobre todo contemplado la de Marilyn, pero es muda. En su muerte, como en vida, Marilyn es siempre un objeto, una estatua en búsqueda de interpretación. En cambio, la órbita existencial de Sylvia ha sido metamorfoseada en palabra: una mujer-sujeto expresándose en un lenguaje tan dolorosamente particular que adquiere universalidad.

Nacida en la ciudad de Boston en 1932, Sylvia fue hija mayor de Otto Plath, profesor universitario de biología y experto en abejas. Su muerte en 1940, tras meses de agonía, produjo un trauma indeleble en la sensibilidad de la niña, en cuya imaginación surgió la idea de un abandono paterno difícil de compaginar con la realidad de los hechos. La madre, Aurelia Schober, tuvo que hacerse cargo de la familia, que incluía un hermano menor y los abuelos retirados, y parece haber volcado su ambición y sus anhelos en la educación de los dos hijos.

Sylvia publicó su primer poema a los dieciocho años, en un periódico local, y ese mismo año recibió una beca para asistir a Smith, un prestigioso colegio de mujeres, donde realizó sus estudios universitarios. En 1953, al terminar su segundo año en Smith, recibió el codiciado galardón de ser nombrada editor huésped de la revista Mademoiselle. A fines de ese mismo verano trató de suicidarse ingiriendo una fuerte dosis de píldoras soporíferas y escondiéndose en un pasadizo debajo del portal de su casa. Encontrada milagrosamente a los dos días, tuvo que ser recluida durante cinco meses en un sanatorio de alienados mentales, donde recibió shockterapia.

*En 1955 se gradúa de Smith con todos los honores académicos, recibiendo otra beca para realizar estudios especializados de literatura en la Universidad de Cambridge, en Inglaterra. Allí traba relación y termina por casarse con el poeta inglés Ted Hughes, ahora poeta aúlico de Inglaterra, de quien tiene dos hijos. En 1960 publica su primer poemario, *The Colossus* (El coloso). El año siguiente sufre serios problemas de salud, pero termina su novela auto-*

biográfica *The Bell Jar* (*La campana de cristal*), que debe ser publicada bajo un seudónimo para evitarle problemas con la madre. 1962 trae la desintegración de su matrimonio y los graves problemas emocionales y económicos que resultan en el suicidio, valiéndose significativamente de un horno de gas, el 11 de febrero de 1963.

Los poemas de Ariel fueron los últimos que Sylvia escribió, precisamente durante el período emocional más crítico de su vida. Los temas del libro se caracterizan por la complejidad psicológica: el amor y el odio que siente por el padre y esposo ausentes; la obsesión con los aspectos morbosos de la vida y la enfermedad; la repulsión y atracción de su identificación con abejas y caballos; pero, sobre todo, el deseo de muerte que permea esta poesía, deseo constante que aparece aun en los poemas que dedica a sus hijos pequeños, vaticinio y ensayo del abandono por venir. Obsérvese, por ejemplo, el poema inicial "Canción matinal":

No soy más tu madre
que la nube que destila un espejo para reflejar
su propia lenta
desaparición por el viento.

Poesía trágica, que irónicamente identifica a la propia familia como obstáculo de su autodestrucción inevitable:

mi esposo y mi niña sonríen desde la foto de familia:
sus sonrisas se me prenden a la piel, ganchillos sonrientes.
("Tulipanes")

y ve en la naturaleza, aun en los momentos más espléndidos, escenas tétricas:

He sufrido la atrocidad de los crepúsculos
("Olmo")

Su visión de la vida moderna aparece en los poemas que tratan del

matrimonio, la separación y el suicidio. En "El solicitante" la joven casadera es descrita como "una muñeca de carne y hueso" con la cabeza vacía, sólo capaz de realizar funciones totalmente mecánicas: "cose, cocina/y habla, habla, habla". Su sentido trágico, y el hecho de que su padre fuera alemán, la hacen identificarse, sin serlo, con los judíos. Obsérvese, a tal efecto, su autodescripción en "Madama Lazaro":

este rostro sin rasgos, fino
lino judaico.

En "Papi" llega a compenetrarse totalmente con su papel de víctima. Desde la imagen del zapato negro con que comienza el poema, hasta la estaca con la que simbólicamente trata de destruir la obsesión con el padre, dramatizan el caótico estado de guerra interna en el que sobrevive. En el mismo poema identifica la figura del marido ausente con la del padre:

Hice una maqueta con tu estampa,
un hombre de negro al estilo Meinkampf.

Su fascinación con las abejas es otra referencia al padre. También ellas se han liberado de figuras masculinas:

Todas las abejas son mujeres:
las doncellas y la larga señora real.
Se han sacado de encima a los hombres,
los obtusos, los torpes desatinados, los muy zafios
("Invernando")

Poesía esquizofrénica, al borde mismo de la histeria, presa en una pesadilla que cobra a menudo aspectos escalofrantes, pero que a veces se detiene en puro exhibicionismo histriónico. Su contemplación de la muerte participa de esta indecisión: la atracción del descanso, de la blancura, se contrastan con el miedo a la perfección, que como la luna, es yerma.

Una gran obra de arte exige, como la estatua en el poema de Rilke,

un cambio en nuestra propia vida. Estos poemas nos obligan a asomarnos al mundo de la obsesión y de la muerte. Compartimos su agonía porque su curiosidad y hambre de experiencia resultan vagamente familiares. Es poesía preparatoria para la muerte, poesía de perfeccionamiento, de búsqueda de pureza, que tiene contactos tanto con la poesía mística española como con la poesía postmodernista femenina. Su carácter visionario, el éxtasis ante el proceso de su lenta destrucción contemplada, el análisis descarnado e intelectual de su descenso, nos hacen recordar el paradójico "muero porque no muero" de los clásicos. Con Alfonsina Storni comparte tanto el sentido trágico del destino de la mujer como una pose netamente intelectual y arrogante, haciendo de su sufrimiento el medio y el instrumento de su poesía. Hay una ilusión de sencillez en su estilo que es emblemática: como Gabriela Mistral profundiza sin convertir el objeto poético en algo abstracto. Pero sobre todo se arriesga y juega con su propia vida, y perdiéndose acaba por crear.

Lesbos

¡Resabio en la cocina!

Las patatas sisean.

Todo a lo Hollywood: sin ventanas,
la luz fría pestañea cual terrible jaqueca,
flecós recatados de papel por puertas —
telones de escena, crespos de viuda.

Y yo, querida, soy una mentirosa inveterada,
y mi niña — mírala, boca abajo en el piso,
marionetilla sin hilos, pataleando por desaparecer —
es una esquizofrénica:

la cara roja y blanca, algo increíble,
sacaste sus gatitos por el vano de la ventana
como si hubiera un pozo de cemento
donde cagan y vomitan y lloran y ella no puede escucharlos.

Me dices que no puedes tolerarla,
la muy cabrona es niña.

Tú que te has fundido como un radio barato
vacío de voces y narraciones: el sonido a
estática de lo nuevo.

Me dices que debo ahogar los gatitos. ¡Vaya olor!

Me dices que debo ahogar a la niña.

Que se cortará la garganta a los diez años si ya está loca después de
cumplir dos.

El bebé se sonrío, babosa gorda,
desde los rombos pulidos de linóleo anaranjado.

Podrías comértelo. Es varón.

Dices que tu marido no te trata bien.

Su mamita judía le cuida el puñetero miembro como una perla.

Tú tienes un hijo, yo tengo dos.

Debería sentarme sobre una roca frente al mar en Cornualles y
peinarme.

Debería llevar pantalones piel de tigre, debería tener una aventura.
Deberíamos encontrarnos en otra vida, deberíamos encontrarnos
en el aire,

yo y tú.

Mientras tanto huele a grasa y a cagadas de niño.
El soporífero de anoche aún me tiene narcotizada y lela.
El humo de la cocina, el humo del infierno
nos hace flotar las cabezas, dos contricantes ponzoñosas,
los huesos, el cabello.
Te llamo Huérfana, huérfana. Estás enferma.
El sol te provoca úlceras, el viento te pone tísica.
Hace tiempo eras bonita.
En Nueva York, en Hollywood, los hombres te decían: "¿ya?
Amorcito, eres única".
Actuabas, actuabas, actuabas por placer.
El marido impotente sale por un café.
Trato de retenerlo en casa,
un viejo pararrayos,
los baños de ácido, las ilusiones truncas.
Baja pesadamente por la plástica colina empedrada,
azotado tranvía. Las chispas son azules.
Las chispas azules rebosan,
rajándose como cuarzo en millones de piedrezuelas.

¡Oh joya! ¡Oh incalculable!
Aquella noche la luna
arrastraba su sangrienta alforja, animal
enfermo
enhiesta sobre las luces de la bahía.
Y de pronto se compuso,
dura y apartada y blanca.
Las escamas brillantes sobre la arena me aterrorizaron.
Las recogíamos a puñados, amorosamente,
amasándolas como flor de harina, un cuerpo mulato,
sémola de seda.
Un perro reconoció a tu perruno marido. Siguió de largo.

Ahora hago silencio, el odio me llega
a las narices,
me ahoga.
No hablo.
Empaco las patatas duras como ropas de gala,
empaco a los recién nacidos,
empaco los gatos enfermos.
Oh jarrón de ácidos,
es de amor de lo que estás colmado. Sabes a quien odias.
El se abraza a sus grilletes junto al portón
que se abre al mar
donde se adentra, blanco y negro,
para después retirarse escupiendo.
Cada día lo colmas de espiritualidades, como a un cántaro.
Estás tan fatigada.
Tu voz, mi sonoro arete,
batiendo y chupando: murciélago sangriento.
Eso. Hasta aquí llegué.
Miras desde la puerta,
triste mujeruca. "Todas las mujeres son putas.
No puedo decir lo que pienso".

Veo tu decorado monísimo
encerrarte como el puño de un bebé
o una anémona, la querida del
mar, esa cleptómana.
Todavía estoy en carne viva.
Te digo que quizá vuelva.
Ya sabes para que sirven las mentiras.

Ni en tu cielo Zen habremos de encontrarnos.

Ovejas en la niebla

Las colinas se apean en la blancura.
Gente o estrellas
que de mí se percatan con tristeza: las defraudo.

El tren va dejando una estela de aliento.
Lento
caballo, herrumbroso

cascos, campanas dolorosas—
toda la mañana la
mañana oscureciéndose:

una flor descuidada.
Mis huesos sienten la quietud, los lejanos
campos me ablandan el corazón.

Amenazan
comunicarme con un cielo
sin estrellas y sin padre, un agua oscura.

Tulipanes

Los tulipanes son tan excitables, es invierno.
Mira lo blanco que está todo, qué tranquilo, qué aislado.
Aprendo a apaciguarme echada a mi silueta silenciosa
mientras la luz miente por las paredes encaladas, la cama, estas
manos.

No soy nadie: nada tengo que ver con explosiones.
He entregado nombre y ropas a las enfermeras,
mi historial al anestesista y el cuerpo a los cirujanos.

Me han puesto la cabeza entre la almohada y el embozo
como un ojo entre dos párpados blancos que no quieren cerrar.
Pupila estúpida: desea captarlo todo.
Las enfermeras van y vienen: no son problema,
pasan como las gaviotas pasan hacia el interior con sus cofias,
con las manos, todas iguales,
imposible saber cuántas habrá.

Mi cuerpo es un guijarro para ellas: lo cuidan como el agua
cuida a los guijarros que debe atropellar, suavizándolos
gentilmente.
Me traen la modorra en sus agujas brillantes: me traen el sueño.
Ahora que me perdí estoy harta de equipaje —
el maletín de charol como un pastillero negro,
mi esposo y niña sonríen desde la foto de familia:
sus sonrisas se me prenden a la piel, ganchillos sonrientes.

He dejado correr el agua: un buque de carga que tiene treinta
años

se aferra obstinadamente a mi nombre y dirección.

Me han raspado mis asociaciones queridas.

Asustada y desnuda sobre la camilla de verdes almohadas plásticas
vi pasar mi servicio de té, mis armarios de ropa blanca, mis libros
hundirse a lo lejos, hasta que por fin me vi anegada.

Soy monja, ahora: nunca fui tan pura.

No quería flores: sólo quería

descansar con las manos abiertas y sentirme totalmente vacía.

Cuánta libertad: inimaginable—

tanta tranquilidad te ofusca,

y nada exige: una etiqueta de identidad, algunas baratijas.

Al final de todo es lo que los muertos acaparan: los imagino
ingerirla

en bocas que se cierran, cual hostia de comunión.

En realidad los tulipanes son demasiado rojos: me lastiman.

Aun a través del papel de regalo podía sentirlos respirar

suavemente, a través de sus pañales blancos, como a bebés
malcriados.

Su encarnado habla a mi herida: se corresponden.

Son sutiles, tal parece que flotaran, aunque acaban por agobiarme,
transtornándome con sus repentinas lenguas y su color:

una docena de plumadas rojas que me colgaran del cuello.

Nadie me vigiló nunca antes, ahora me siento vigilada.
Los tulipanes se vuelven cara a mí, y a la ventana, detrás
donde una vez al día la luz poco a poco se irisa y poco a poco se
difumina,
y me veo, llana, ridícula: una silueta de papel
entre el ojo solar y el ojo de los tulipanes,
no tengo rostro: he querido borrar-me.
Los vívidos tulipanes me comen el oxígeno.

Antes de que llegaran el aire se desentendía,
en su vaivén, de soplo en soplo, sin alborotos.
De pronto los tulipanes lo llenaron todo como un estruendo.
Ahora el aire se enreda y arremolina alrededor de ellos, como un
río
que se enredara y arremolinara alrededor de algún óxido de
motores sumergidos.
Exigen toda mi atención, que se complacía
en jugar y reposar sin compromisos.

También las paredes parecen estar calentándose.
Deberían enjaular los tulipanes como animales peligrosos,
que se abren como las fauces de algún gran gato africano,
y estoy consciente de mi corazón, que abre y cierra
su roja escudilla floreciente de puro amor por mí.
El agua que pruebo es cálida y salina: como el mar,
y llega de un país lejano como la salud.

Olmo (para Ruth Fainlight)

Conozco el fondo, dice ella. Lo conozco palpablemente:
es lo que te asusta.
Y no es nada: ahí estuve.

¿Será el mar lo que oyes en mí,
sus insatisfacciones?
¿O la voz de la nada que fue tu locura?

El amor es una sombra.
Cómo mientes y lloras buscándolo.
Escucha: éstos son sus cascos. partió, como un caballo.

A galope, así toda la noche, impetuosamente,
hasta que tu cabeza sea piedra, tu almohada un pequeño
hipódromo,
que resuene, resonante.

¿O he de traerte un sonido de venenos?
Llueve ahora, a eso se debe este gran silencio.
Y éste es su fruto: blanco metálico, como el arsénico.

He sufrido la atrocidad de los crepúsculos.
Chamuscados hasta la raíz
mis rojos filamentos se queman, engrifados: un puñado de
alambres.

Ahora me hago trizas que vuelan como porras.
Una ventolera de violencia tal
no habrá de tolerar curiosidad alguna: debo chillar.

La luna, también, es despiadada: me arrastraría
cruelmente, siendo yerma.
Su resplandor me abrasa. O quizás la tenga en mis manos.

La dejo ir. La dejo irse
disminuida y plana, como tras una cirugía mayor.
Cómo tus malos sueños me poseen y me infunden.

Me siento habitada por un grito.
Sale aleteando por la noche
buscando, con sus garfios, algo que amar.

Estoy horrorizada por esta cosa oscura
que duerme en mí;
todo el día siento su pluma suave que revolotea, su malignidad.

Las nubes pasan y se dispersan.
¿Serán ésas las caras del amor, esas pálidas pérdidas irrecuperables?
¿Será por eso que apresuro el corazón?

Soy incapaz de mayor conocimiento.
¿Qué es esto, este rostro
asesino en su estrangulación de ramas? —

su beso de ácidos viperinos.
Petrifica la voluntad. He aquí las culpas lentas, las aisladas
que matan, matan, matan.

Bailes nocturnos

Una sonrisa cayó en la hierba.
¡Irrecuperable!

Y cómo se perderán tus bailes nocturnos.
¿Acaso entre las matemáticas?

Salto y espirales tan puros—
viajan, es seguro

por el mundo para siempre, nunca me sentiré
completamente vaciada de hermosura: el don

de tu pequeño aliento, olor a hierba empapada
de tus sueños: lirios, lirios.

Su carne es única.
Fríos pliegues de ego: la cala,

y la tigridia, embelleciéndose—
manchas, y un despliegue de pétalos calientes.

Los cometas
tienen tanto espacio por cruzar,

tanto frío, olvido.
Y así tus gestos como copos—

calientes y humanos, y entonces su luz rosada
que sangra y se desuella

por las negras amnesias del cielo.
¿Por qué me serán dadas

estas lámparas, estos astros
que me caen como gracias, copos

hexagonales, blancos
en los ojos, los labios, el cabello

me tocan y se derriten?
Perdidos.

Ariel

Estasis en la oscuridad.
Después, el azulado fluir
insubstancial de tormo y distancias.

Leona de dios:
cómo nos acerca el tiempo,
¡pivote de talones y rodillas!— el surco

se abre y pasa, hermano del
arco pardo
del cuello que no puedo atrapar,

ojinegras
bayas que lanzan oscuros
garfios—

negridulces sangrantes bocados,
sombras.
Algo diferente

me arrastra por el aire—
muslos, pelo;
piel muerta de mis talones.

Godiva, me desnudo—.
manos muertas, muertos rigores,
blanca.

Y ahora me
enfado hasta la espinilla: un lustre de mares.
El grito del niño

se derrite por las paredes.

Y yo

soy la flecha,

el rocío que vuela

suicida, uncido al impulso

hacia el ojo

encarnado: el caldero matinal.

Regalo de cumpleaños

¿Qué será esto, tras este velo: será feo, será bonito?
¿Cabrillea? ¿Tendrá senos, tendrá bordes?

Estoy segura de que es único, segura de que es lo que quiero.
Cuando estoy cocinando, callada, lo siento mirar, lo siento pensar:

“¿será ésta por quien tengo que aparecer,
ésta la elegida, la de las negras cuencas y la cicatriz?

Mide la harina, rebaja el excedente,
se adhiere a las instrucciones.

¿Será ésta para la anunciación?
¡Dios mío, qué burla!”

Pero cabrillea, sigue, y creo que me desea.
No me importaría si fuera huesos, o un alfiler de perla.

No quiero un gran regalo, de todos modos, este año.
Hay que recordar que estoy viva accidentalmente.

Con gusto me habría suicidado aquellas vez de cualquier modo.
Ahora aparecen estos velos, vacilan como cortinas,

el diáfano satén de una ventana de enero
tan blancos como sábanas de infante y brillosos de aliento muerto.
¡Oh marfil!

Debe ser un colmillo: una columna espectral.
¿No te das cuenta de que no me importa lo que sea?

¿No podrías acabar de entregármelo?
No te avergüences— no me importa que sea pequeño.

No seas cruel: estoy lista para la enormidad.
Sentémonos junto a él , uno a cada lado, para admirar el brillo,
el lustre, la reflejante variedad que muestre.
Comamos al hacerlo nuestra última cena, como un plato de
hospital.

Sé por qué no me lo entregarás:
estás aterrorizado

de que el mundo explote de un grito, y tu cabeza con él,
pulida, bronceada, un escudo antiguo,

daría que hablar a tus bisnietos.
No te acobardes, no va a pasar nada.

Sólo habré de recibirlo y retirarme en silencio.
Ni siquiera me sentirás abrirlo, no oirás ni un crepitar de papeles,

ni la caída de las cintas, ni un grito al final.
No creo que quieras atribuirme tanta discreción.

Si supieras cómo los velos mataban aquellos días.
Para ti son sólo transparencias, aire claro.

Pero dios mío, las nubes son como algodón.
A montones. Son monóxido de carbono.

Dulce, dulcemente aspiro,
llenándome las venas de invisibles, del millón

de motas probables que me acortarán los años de vida.
Estás vestido de plata para la ocasión. Oh máquina de sumar —

¿será imposible para ti permitir que algo se te escape, y de un modo total?

¿Tienes que sellar de púrpura cada pieza,

tendrás que destruirlo todo?

Una sola cosa quiero hoy, y sólo tú puedes dármela.

Está ante la ventana, grande como el cielo.

Respira desde mis sábanas, el centro frío y muerto

donde las vidas vertidas se congelan tías de historia.

Que no venga por correo, dedo a dedo.

Que no venga de palabra, tendría sesenta años

cuando me llegara del todo, y estaría demasiado entumecida para usarlo.

Sólo quiero que corras el velo, el velo, el velo.

Si encontrara la muerte

admiraría su gravedad profunda, sus ojos sin tiempo.

Comprendería tu seriedad.

Reconocería entonces una cierta nobleza: habría un cumpleaños.

Y el cuchillo no cortaría sino que me penetraría

puro y limpio como el llanto de un recién nacido,

y el universo caería a tajos de mi costado.

Paralítico

Son cosas que suceden. ¿Pasarán?
Mi mente una piedra,
sin dedos para agarrarse, ni lengua,
dios mío el respirador

que me ama: bombea
mis dos bolsas de polvo circulantes,
no me dejará

recaer
mientras afuera el día se desliza como cinta de teleimpresor.
La noche trae violetas,
tapices de ojos,

luces,
las suaves voces
anónimas: "¿estás bien?"
El seno almidonado, inaccesible.

Huevo muerto: yago
entero
en todo un mundo que no puedo tocar,
en el blanco, apretado

tambor del sofá cama
las fotos me visitan—
mi esposa, muerta y tiesa, con sus pieles de 1920,
la boca llena de perlas,

dos muchachas
tan tiasas como ella, que cuchichean "somos tus hijas".
Las aguas quietas
me rodean los labios,

ojos, nariz y orejas,
un claro
celofán que no puedo traspasar.
Boca arriba y desnudo

me sonrío: un buda, todo
antojos y deseos
que caen de mí como anillos
abrazándose a sus luces.

La garra
de la magnolia,
borracha de su perfume,
nada le exige a la vida.

Amapolas en julio

Pequeñas amapolas, llamitas infernales:
¿no hacen ningún daño?

Vacilan. No puedo tocarlas.
Pongo las manos entre las llamas. Nada se quema.

Y me agota mirarlas
vacilar tanto, arrugadas y apenas rojas, como el cielo de una boca.

Una boca recientemente ensangrentada.
¡Falditas sangrientas!

Hay emanaciones que no puedo tocar.
¿Dónde están tus sopores, tus cápsulas nauseabundas?

¡Si pudiera sangrar, o dormir!—
¡si esta boca pudiera casarse con esa herida!

O me trasvasaran tus licores, en esta cápsula de vidrio,
que me entorpezcan y me tranquilicen.

Pero incoloros. Incoloros.

Invernando

Esta es la temporada tranquila: nada que hacer.
Hice dar vueltas al extractor de la comadrona,
recogí la miel:
seis vasijas,
seis ojos de gato en la bodega,

invernando en una oscuridad sin ventana
en el corazón de la casa
junto a la compota rancia del inquilino anterior
y las resplandecientes botellas vacías—
ginebra de don Fulano.

Esta es la habitación en la que nunca entré.
Esta es la habitación en la que nunca podía respirar.
Allí lo negro se recogía como un murciélago,
sin otra luz
que una linterna y su débil

amarillo chinesco chisporroteaba sobre objetos de espanto—
negras imbecilidades. Podredumbre.

Poseción.

Les pertenezco.

Ni cruel ni indiferente,

sólo ignorante.

Este es el tiempo muerto de las abejas— las abejas
tan lentas que apenas puedo reconocerlas:
en fila india como soldados
frente a la lata de jarabe

para reponer la miel que les quité.
El azúcar Tate & Lyle las sostiene.
La nieve refinada.
Viven de Tate & Lyle en vez de flores.
La toman. Llega el frío.

Ahora se agrupan en enjambre,
negra
mente contra toda esa blancura.
La sonrisa de la nieve es blanca.
Se tiende, un cuerpo de Meissen de una milla de largo,

hacia el que, en días templados,
sólo pueden llevar a sus muertas.
Todas las abejas son mujeres:
las doncellas y la larga señora real.
Se han sacado de encima a los hombres,

los obtusos, los torpes desatinados, los muy zafios.
El invierno pertenece a las mujeres—
la mujer, quieta en sus labores,
ante la cuna de nogal español,
su cuerpo cual bulbo, invernando, y demasiado atontado para
pensar.

¿Sobrevivirá la colmena? ¿Triunfarán los gladiolos?
¿Salvaguardarán sus fuegos
para comenzar un nuevo año?
¿A qué sabrán las rosas navideñas?
Vuelan, las abejas. Presienten la primavera.

Contusión

El color anega el sitio, púrpura mate.
El resto del cuerpo se destiñe por completo:
color perla.

En un socavón de rocas
el mar chupa obcecado:
una oquedad el eje de todo el mar.

Del tamaño de una mosca,
la señal de la ruina
baja a rastras por la pared.

El corazón se apaga,
el mar se retira,
los espejos son cubiertos con sábanas.

Contorno

La mujer está perfeccionada.
Su cuerpo

muerto luce la sonrisa del éxito,
la ilusión de alguna necesidad griega

fluye por las volutas de su toga,
sus pies

descalzos parecen estar diciendo:
hemos llegado tan lejos, se acabó.

Cada niño muerto una espiral, una serpiente blanca,
uno en cada pequeño

cántaro de leche, ahora vacío.
Ella los ha replegado

de vuelta a su cuerpo como a pétalos
de una rosa que se cierran cuando el jardín

se marchita y los hedores sangran
por las dulces gargantas profundas de la flor nocturna.

La luna no tiene por qué entristecerse,
mirando fijamente desde su caperuza de hueso.

Está acostumbrada a estas cosas.
Sus negros crujen y se arrastran.

La luna y el tejo

Esta es la luz de la imaginación, fría y planetaria.
Los árboles de la imaginación son negros. La luz azul.
Las hierbas descargan sus pesares a mis plantas como si fuera Dios,
pinchándome los tobillos y proclamando su humildad.
Humeantes vapores espirituosos habitan este lugar
separado de mi casa por una hilera de lápidas.
Francamente, no puedo ver adónde hay que llegar.

No es puerta la luna. Es una cara a su manera,
tan blanca como un nudillo y terriblemente indispueta.
Arrastra el mar tras ella como a un oscuro crimen; está callada
con la boca abierta en "o" de la desesperación total. Aquí vivo.
Par de veces los domingos las campanas sobresaltan el cielo—
ocho lenguas grandes que afirman la Resurrección.
Al final, hacen retumbar sus nombres sobriamente.

El tejo apunta a lo alto. Forma gótica.
Los ojos se alzan tras él y dan con la luna.
La luna es mi madre. No es dulce como María.
Sus vestidos azules desatan murciélagos pequeños y lechuzas.
Cómo me gustaría creer en la ternura—
la cara de la efigie, suavizada por las velas,
doblegando, hacia mí sola, sus ojos apacibles.

He caído mucho. Las nubes florecen
azules y místicas sobre la faz de los astros.
En la iglesia los santos se revestirán de azul,
flotando con pies delicados sobre los bancos fríos,
manos y caras tiesas de santidad.
La luna se desentiende de estas cosas. Es calva y salvaje.
Y la noción del tejo es la oscuridad— la oscuridad y el silencio.